

# LA PRESERVACIÓN DE LA ESPECIE

POR LUISGÉ MARTÍN

Hace muchos años conocí en Madrid a un chico francés muy joven que había venido a España a estudiar y, ya de paso, a desmelenarse en Chueca. Cuando regresó a París, después de terminar sus estudios, mantuvimos el contacto en la distancia. Tuvo varios novios y al final encontró al hombre de su vida. Los dos querían ser padres, y además querían serlo biológicamente, llamados por el instinto de la sangre, de modo que buscaron a una pareja de lesbianas y acordaron un trato con ellas. Para mayor naturalidad, no hubo inseminación, sino sexo esforzado. Tuvieron dos niñas, que hoy han cumplido ya cuatro y seis años, y que crecen con dos padres y dos madres sin ningún trauma.

Es tal vez un caso exageradamente literario y romántico, pero hay miles de casos diferentes que cualquiera que tenga interés en el mundo real conoce de sobra. ¿Qué diferencia hay entre una mujer lesbiana y una mujer heterosexual que se inseminan? ¿Qué diferencia hay entre un soltero y una pareja gay que contratan un vientre de alquiler?

El mundo tiene actualmente más de 7.000 millones de habitantes. Las previsiones de la ONU para el año 2050 apuntan a que en esa fecha habrá entre 7.800 millones, si la tasa de fecundidad se redujera mucho, y casi 12.000 millones, si la tasa actual se mantuviera constante. En este escenario, hablar de la preservación de la especie es un desatino siniestro. Si la protección pública del matrimonio tuviera que regularse atendiendo a criterios demográficos —que no es el caso—, lo que habría que hacer sería restringir el matrimonio heterosexual, incluso en países como España, con tasas de natalidad deficientes.

No deja de ser curioso, una vez más, que los que santifican tanto la vida humana y los modos de procreación ortodoxos sean los mismos que invocan enseguida la necesidad de garantizar así el proceso productivo en el futuro, como si el objetivo final de engendrar hijos fuera el pago de las pensiones de nuestra vejez. La familia como empresa mercantil.

La palabra 'proletariado' deriva etimológicamente de 'prole'. Los proletarios eran aquellos que no tenían bienes ni patrimonio, solo la mano de obra de sus hijos. Los proletarios, en suma, eran aquellos que, más allá del amor o de la imperiosidad de los instintos paternos, procreaban para poder tener con que comer. La superación de este estado —en aquellos lugares del mundo donde se ha superado— es un logro de la civilización.

Por eso no he conseguido nunca entender la exigencia de preservación de la especie. Mirando con atención al mundo en que vivimos y estudiando por encima los libros de Historia, bastante desoladores, más bien puede deducirse que sería provechosa su extinción. El hecho mismo de que hoy, en el siglo XXI, casi doscientos cincuenta años después de que murieran Diderot, Rousseau y Voltaire, un mameluco con el cerebro lleno de sotanas pueda llegar a ser Ministro del Interior de un país como España y predicar en nombre de la Razón boberías de catecismo, hace descreer de la idea misma de progreso humano.

Ha llegado el momento de que alguien con autoridad dé un golpe encima de la mesa y diga: "¡ Ya está bien!". Y ese alguien solo puede ser el Espíritu Santo. Es la hora de que comparezca de verdad en la Capilla Sixtina e ilumine a los cardenales en su próxima elección. El Espíritu Santo, que es homosexual a su manera —un palomo bastante cojo—, debería poner un poco de sensatez y de femineidad en este mundo. Para ser nombrado Papa no hace falta reunir ningún requisito previo, de modo que tal vez en las próximas semanas, si se cumplen mis deseos, podamos ver a Boris Izaguirre o a Bibiana Fernández asomándose al balcón de la Plaza de San Pedro. Esa sí sería garantía de que se preservará la especie. Y, sobre todo, de que merecerá la pena que así sea.

**LUISGÉ MARTÍN ES ESCRITOR. SU ÚLTIMA NOVELA PUBLICADA ES LA MUJER DE SOMBRA (ANAGRAMA).**